



Ministerio de Comunicaciones (en construcción).

## II.

### CARÁCTER DE PORFIRIO DÍAZ.



ESDE que era estudiante, Porfirio Díaz asumió la responsabilidad de un padre de familia: trabajó rudamente para ayudar á su abnegada madre en el sostenimiento del hogar, y dirigió la educación de sus hermanos.

Producto de la mezcla de dos razas vigorosas, española y mixteca, resultó excepcionalmente organizado.

He aquí el retrato que hace de Porfirio Díaz, un escritor mal intencionado, que entre grandes elogios, desliza con perfidia, conceptos calumniosos é insinuaciones injuriosas contra el gobernante que más ha protegido á los escritores mexicanos, impulsando constante y tenazmente las artes, las ciencias y las letras de su patria:

«En realidad, el General Díaz es de una estatura superior á la mediana, de modo que puede decirse que tiene el tamaño que se considera como condición de la fuerza, y, además, posee de un modo completo los signos inmediatos de esa fuerza. Ancho de hombros, un tórax vasto, músculos desarrollados, movibles y salientes, y ninguna exageración abdominal, todo en él revela una constitución hercúlea; se ve una armazón sólida, cubierta de músculos férreos y sin tejidos adiposos, á pesar de la edad. La cabeza, de buen tamaño; la frente no muy elevada, pero ancha y despejada; los ojos simétricamente colocados, de color obscuro, la mirada fija, un tanto severa cuando habla el General, sumamente penetrante cuando escucha. La nariz regular, algo ancha en la punta, con las ventanillas bien abiertas, como si los pulmones, muy desarrollados, necesitaran respirar un gran vo-

lumen de aire. La boca es mediana, cubierta por bigote militar, cano y bastante espeso; los labios unidos, sin compresión, como los de los individuos que saben callar aun en el tormento, y saben hablar con fluidez cuando es necesario, sin caer nunca en la garrulería.

«La barba, un tanto carnosa y bien modelada; las orejas más bien grandes que pequeñas; cuello ancho y algo corto, como el de los hombres que descienden de una raza que acostumbró á llevar, durante muchas generaciones, el pesado casco de acero. El color encendido, propio de una naturaleza sanguínea, sin llegar al cárdeno del pletórico; cabello corto, fuerte, tupido, que en un tiempo fué negro y hoy es gris; las manos de tamaño regular, algo anchas y nervudas, con dedos espatulados; las piernas algo cortas con relación al busto; los pies bien proporcionados.

«Cuando camina, lleva alta la cabeza, sin rigidez ni altanería, respira ampliamente y con facilidad, con la mirada segura, los hombros con desenvoltura, el paso firme, resuelto, ligero, sin precipitación. Esos signos exteriores corresponden á un individuo que tiene plena confianza en sí mismo y que posee una inmensa energía, predestinado á la longevidad. Su actitud es la de la acción, pero de la acción dominante y que no requiere esfuerzo para producirse.

«No hay en él la contracción aparente de ningún músculo; y la firme franqueza de sus movimientos, indica la persistencia de una voluntad siempre lista para manifestarse.

«La parte moral corresponde á la física: es una alma de acero dentro de un cuerpo de hierro. Éste es inquebrantable; aquélla es flexible, pero con la flexibilidad de una espada de Toledo, rígida al tajo; la flexión en el plano, pero la flexión no por sometimiento, sino avasalladora, que vuelve inmediatamente á recobrar la recta, y nunca se quiebra ni se tuerce.

«Hay en el General Díaz, memoria, entendimiento y voluntad en perfecto desarrollo.

«La memoria es asombrosa; recuerda la fisonomía y el nombre de una persona, aunque no la haya visto más que una sola vez, y recuerda las circunstancias y lugar en que la vió. Tiene la memoria de los hechos, de las fechas y de la topografía. Es gran fisionomista, y fisiognomista por instinto. Cuando se le habla de un asunto, por nuevo y por más complejo que sea, reconcentra toda su atención, y apenas se le exponen los prolegómenos, lo abarca en su conjunto y percibe los detalles de un modo intuitivo.

«Se ocupa en la máquina administrativa, enterándose hasta de los

pormenores más insignificantes, sin que por esto sea un hombre niño. Se entera detenidamente, cada día, de la inmensa correspondencia privada que recibe, y dicta los acuerdos correspondientes.

«Está informado del movimiento del mundo entero, y sigue la marcha de los acontecimientos de cada nación, y el desenvolvimiento científico y literario; lee y estudia, ¿cuándo? No lo sé.

«Su voz es abaritonada, algo ronca y fuerte; su locución es pausada, notándose siempre el acento del mando.

«En lo íntimo, sobre todo cuando sale de la Capital á alguna gira campestre, á alguna cacería, por la que tiene verdadera pasión, siendo un tirador de primera fuerza, entonces hay en él algo del estudiante escapado de las aulas, rebosa en él la alegría, hay una expansión de espíritu notable, llega hasta los límites de la jovialidad, sin caer en ella, y es lo que se llama un excelente camarada.

«No hay que hablarle entonces de asuntos de Palacio.

«Es hoy, como antaño, excesivamente sobrio en la comida y la bebida; enemigo de desveladas, á pesar de que las soporta bien; se levanta al toque de diana, se baña en agua fría, hace ejercicios gimnásticos y pasea á pie. Su vida está regularizada como un cronómetro, y por eso tiene tiempo para todo, haciendo cada cosa á su tiempo. . . .

«Tal es Porfirio Díaz, considerado á grandes rasgos, física y moralmente. Es un cuerpo hecho para todas las resistencias y conformado para todos los impulsos, con la agilidad del gimnasta y la firmeza del atleta; el tipo del soldado gentilhombre, que hace buena figura á caballo, con el uniforme militar constelado con magníficas condecoraciones extranjeras, y que hace buena figura en un salón, con la severa casaca civil, llevando una simple roseta en el ojal. Se ve al hombre que puede hacer grandes jornadas á caballo ó á pie, sin fatigarse; pasar noches en vela, ó durmiendo bajo la ligera tienda de campaña, sin deteriorar su salud; contra quien no tienen acción nociva los elementos exteriores: ni el agua de la lluvia, ni el sol del estío tropical, ni las nieves invernales de nuestras altas montañas, como tampoco la tienen las fatigas de la administración, los disgustos de la política, ni las eventualidades y penas de la vida común.

«No me atreveré á sostener que esa apariencia, que todos notamos, sea una realidad.

«Nadie sabe cuál es el verdadero estado físico del General Díaz, y cómo aparecerá ante los ojos de su ayuda de cámara, cuando no hay galería que lo contemple.

«Los setenta y siete años que cuenta de edad, la vida destructora, por su agitación constante, y la tensión de espíritu, deben haber hecho estragos interiores, que él oculta con esmero.»

Esto es mentira: el General Díaz no tiene que ocultar estrago alguno; conserva su vigor y su salud completa.

Yo he tenido el honor de examinarle como médico; he auscultado su corazón y sus pulmones; he tomado trazos esfigmográficos de sus arterias; he medido su tensión arterial con el esfigmomanómetro, y puedo asegurar que es actualmente el tipo más completo del hombre fisiológico. A juzgar por la regularidad de sus funciones orgánicas, la integridad de su memoria y la brillante lucidez de sus facultades intelectuales, representa el vigor y la energía de un hombre sano y fuerte á los sesenta años.

Dice también el escritor citado:

«Porfirio Díaz tiene un profundo desprecio por los hombres, en general, aunque trata siempre de ocultarlo, y nada más natural: quienes, como él, palpan á diario todas las miserias del carácter humano, tienen que luchar contra toda clase de pasiones, ven la envidia que se yergue, la calumnia que se arrastra, la adulación que se arrodilla, las pretensiones absurdas, las ambiciones descaradas, la infamia hipócrita, toda esa Corte de los Milagros que viste casaca ó lleva uniforme, ó el traje de la burguesía endomingada; todos cuantos ven eso, repito, forzosamente han de sentir un profundo disgusto hacia el género humano, y tener el más pobre concepto del hombre, ya individual, ya colectivamente considerado.»

No es verdad que Porfirio Díaz tenga desprecio por los hombres en general, como asegura el escritor aludido.

Debe tenerlo, y sin duda lo tiene, en particular y muy profundo, por aquellos ingratos y desleales, que de rodillas llegaron hasta él para pedirle ayuda, y por él protegidos y elevados, cometieron torpezas, traiciones, mezquindades . . . y por él generosamente perdonados, huyeron á países extranjeros y vendieron su pluma de escritores, y publicaron libros embusteros, pagando su perdón y sus favores, con pérfidas calumnias y ruines amenazas embozadas.

Pero Porfirio Díaz aprecia y tiene en alta estima á los hombres honrados y patriotas y altivos y leales, que ni piden, ni adulan, ni traicionan, ni van á los países extranjeros á difamar á su Gobierno y á su patria.

En general, los escritores, que impulsados por despecho, ambición ó intereses personales, han tratado de intimidar ó de injuriar

al Presidente, cuya conspicua vida y ejemplar honradez son intachables, procuran embozar sus amenazas con pérfidos halagos, y cuando más no pueden, le calumnian, le hacen responsable de todos los errores y todas las torpezas cometidas, aquí como en el mundo entero, por los mil funcionarios subalternos, en cuyas manos hay que poner forzosamente las múltiples funciones de la Administración y del Gobierno. Esto es injusto.

Porfirio Díaz ha cometido errores, por cierto, inevitables.

Débanse á ellos, todos los defectos que puedan encontrarse al estudiar y analizar en sus detalles esa Administración que, en su conjunto, resulta irreprochable.

Ha incurrido en errores, pero no mas que al elegir sus subalternos, sus *hombres de Gobierno*.

Aunque no con frecuencia, se ha engañado al juzgar y escoger algunos de ellos. Encuentro disculpable que se haya equivocado, teniendo que escoger entre una multitud en que abundan los malos y escasean los buenos.

Pudiera suceder que algunas veces se haya visto obligado á tomar de los peores.

A los unos, les ha creído buenos, les ha creído dignos, les ha creído honrados y les ha concedido su confianza, y les ha colocado en altos puestos, y les ha sostenido con su apoyo.

Ellos le han engañado, mintiéndole desinterés y patriotismo, y una vez encumbrados, han resultado indignos y egoístas, y han disgustado al pueblo con sus hechos.

Otros hubo, que habiendo sido buenos al principio, se corrompieron más tarde por sí mismos, ó fueron corrompidos por los malos; pero es inevitable que así pase, ya que un hombre no puede estar al mismo tiempo en todas partes y vigilar á todos muy de cerca.

El estadista que pudiera encontrar un hombre apto para cada cargo, y un hombre honrado para cada puesto, tendría que ser, además de infalible, omnipotente.

Por esto, y á pesar de los grandes esfuerzos del bien intencionado gobernante, aún falta en su Administración mucho de bueno, y aún queda algo de malo.

Declarad á Porfirio UN INFALIBLE; declaradle, además, OMNIPOTENTE, y convengo en hacerle responsable de *todo lo que sobre y todo lo que falte*.

La descripción que de los caracteres físicos del Presidente Díaz ha hecho el escritor ya mencionado, es de las más exactas que conozco.

De mediana estatura, levantado pecho y arrogante porte, dotado de una fuerza muscular extraordinaria, poseedor de un potente y bien desarrollado sistema vascular y de amplísimos pulmones; ágil, sano, robusto, y física y moralmente equilibrado, Porfirio Díaz, que fué en su juventud un buen gimnasta, que siempre ha sido sobrio, temperante y fiel observador de los preceptos de la higiene, ha podido llegar á los ochenta años, conservando, como ya lo hemos dicho, y por más que parezca inverosímil, el vigor, la salud, las energías y la memoria de un hombre de sesenta.

Su organismo no es en la actualidad el organismo de un anciano.

Producto de acertado cruzamiento, heredó con la sangre materna, esa potente, inexplicable resistencia vital, que retardando la regresión senil, alarga la existencia de nuestras razas indígenas.

La longevidad es una de las buenas cualidades de la raza mixteca.

Desde muy joven, Porfirio Díaz se hizo admirar por su honradez inmaculada, y empezó á revelar un gran carácter, enérgico, prudente y reservado.

Siempre serio y formal, sin ser adusto, se hizo querer y respetar por sus compañeros de colegio, entre los que llegó á tener amigos muy sinceros, que más tarde serían sus partidarios.

Sus hermanas y su hermano menor, le amaron como á un padre, y le respetaban como hijos.

Su juventud no fué ni alegre, ni expansiva.

Sus ojos expresivos, dominadores, imponentes, de mirada sagaz y penetrante, solían estar velados por un ligero tinte de tristeza.

Dice uno de sus biógrafos:

«La media orfandad, la vida de privaciones, la sujeción forzada á gentes de iglesia, el medio ambiente del barrio DE LOS ALZADOS, hicieron de Porfirio un joven retraído, casi melancólico. Así le pintan algunos condiscípulos. Sólo salía de su habitual tibieza en las guerras á pedradas. Guerreaban escuela contra escuela, barrio contra barrio. . . . .» \*

No es extraño que se le viera siempre triste.

Joven, pundonoroso, altivo, inteligente, sintiéndose capaz de grandes cosas, impulsado por nobles ambiciones, alentado por altos ideales, debe Porfirio Díaz haber sufrido muy hondas amarguras, muy profundas heridas, en esa ruin y miserable lucha contra el hambre,

\* PORFIRIO DÍAZ, por X. X. X. Librería de la Viuda de C. Bouret.—México.—1906.

que inicia la existencia de los que hemos nacido en la pobreza, de los que hemos crecido en la miseria.

En los trances solemnes de su vida, se ha visto algunas veces, que lágrimas rebeldes humedecen los ojos de ese atleta, llamado por algunos: ESFINGE INCONMOVIBLE.

Lejos están de comprender el corazón humano, los que así desconocen el generoso corazón y nobles sentimientos del caudillo.

¿Qué lejanos ensueños. . . . qué profundas nostalgias. . . . qué ilusiones perdidas, entristecen el alma del gran hombre, hasta nublar sus ojos con el llanto?

¿Será que hasta en sus horas de ventura, vienen á atormentarle los remotos, tristísimos recuerdos de los seres queridos que le amaron, y con él emprendieron la jornada, y sorprendidos por la noche obscura, se quedaron en medio del camino, sin poderle seguir á las alturas, en la triunfal y espléndida mañana del apoteosis de su vida?

¿Es que en las almas fuertes de los hombres que sufren y se callan, queda siempre un amargo, un inmenso raudal de lágrimas tragadas, de sollozos ahogados y de penas y angustias comprimidas? . . . Es simplemente una exageración de la excitabilidad refleja, presidida por el sentido emotivo, excepcionalmente desarrollado en casi todos los grandes hombres.

Porfirio Díaz luchó, primero, con su propia miseria. Después, con la miseria nacional.

En ambas lides resultó vencedor: se ha enriquecido, y enriqueció á su patria, que ahora puede contar por centenares de millones, lo que le sobra en su tesoro.

Probablemente el éxito de este hombre, más, mucho más que á su elevada inteligencia y á su valor heroico, se debe á la firmeza de su indomable voluntad, á su carácter.

Sabemos hoy, que es posible formar un carácter; mas para esto es necesario que por el racional encauzamiento de las aptitudes, bajo la disciplina de una educación bien dirigida, se consiga el completo equilibrio de las actividades cerebrales.

Esto requiere el empleo de métodos rigurosamente científicos, bajo la dirección de muy competentes pedagogos; y ni la pseudo-educación teológica del Seminario, ni la rudimental instrucción adquirida en un Instituto de Provincia, ni la mediana instrucción de los maestros de Porfirio, los pedagogos de aquel tiempo, alcanzaban á tanto: *á formar un carácter.*

Como todas las cualidades del espíritu, el carácter se hereda; pero

sólo por excepción se hereda en ese grado altísimo, que determina la superioridad incontrastable de tal ó cual predestinado, sobre los hombres que le rodean y sobre las multitudes que le siguen, y subyugadas le obedecen.

La transmisión del carácter, así como la transmisión de todos los atributos materiales, intelectuales y morales, no es una facultad de los procreadores inmediatos; pertenece á todos los generadores que se han sucedido desde el origen de la especie, y la fuerza vital ó intelectual que determina el desarrollo físico de un embrión ó el desarrollo moral de un individuo, es la resultante de las fuerzas y tendencias evolutivas de todas las generaciones *ancestrales*, acumuladas á través del tiempo y transmitidas en virtud de las hasta hoy desconocidas leyes del atavismo.

Sería, por tanto, inútil buscar entre las cualidades de los antepasados conocidos de Porfirio Díaz: asturianos por la línea paterna y mixtecas por la materna, la explicación de sus extraordinarias energías.

Lo que podemos afirmar, es que en éste, como en otros casos semejantes, el atavismo determina la excepcional acumulación de aptitudes en un solo individuo, y que si este individuo ha nacido en la época oportuna, y se desarrolla en un medio propicio, tiene ya, por el solo hecho de esta acumulación hereditaria, asegurada la superioridad sobre sus enemigos *en el combate por la vida*.

Si además de todo ésto, tiene también fortuna para escapar de los azares de la lucha, entonces es seguro que el éxito y el triunfo serán suyos.

La voluntad, base del carácter, cualidad rudimental en la niñez, es como todas las cualidades del espíritu, susceptible de un alto desarrollo bajo la influencia de la educación y el ejercicio.

Nada tan eficaz como las contrariedades de la lucha en los primeros años de la vida, para ejercitar las energías volitivas, y fué en la juventud, en los primeros años de su azarosa vida, cuando Porfirio Díaz luchó más rudamente.

Sin duda alguna, dos poderosas causas: el amor á la patria y el amor á la gloria, son las que más han contribuido al encumbramiento del gran hombre, impulsándole sin cesar hacia la altura y despertando á cada paso y ante la resistencia de cada obstáculo, sus energías de coloso; pero el completo desarrollo de su carácter, más que á la lucha armada en los campos de batalla, se le debe á la lucha sin armas, al desigual combate librado en el hogar empobrecido, bregando

sin cesar en la orfandad y en la miseria, contra los despiadados golpes del Destino.

De la sangrienta lucha contra los opresores de su patria, surgió el audaz soldado, el héroe y el caudillo.

De la penosa brega contra la obscuridad y la miseria, surgió el valiente y vigoroso luchador de los combates del sentimiento y del espíritu, el arrogante gladiador de la voluntad y del esfuerzo, el hombre de carácter.

Hablando del carácter del General Díaz, dice D. Justo Sierra:<sup>1</sup>

«Muchos de los que han intentado llevar á cabo el análisis psicológico del Presidente Díaz, que sin ser ni el arcángel apocalíptico, que esfuma Tolstoi,<sup>2</sup> ni el tirano de melodramática grandeza del *cuento fantástico* de Bunge, es un hombre extraordinario en la genuina acepción del vocablo, encuentran en su espíritu una grave deficiencia: en el proceso de sus voliciones, como se dice en la escuela, de sus determinaciones, hay una perceptible inversión lógica: la resolución es rápida, la deliberación sucede á este primer acto de voluntad, y esta deliberación interior es lenta y laboriosa, y suele atenuar, modificar, nulificar á veces la resolución primera.»

1 México. Su Evolución Social.—Ballezá, Editores.—Tomo II, Página 429.

2 El Sr. Sierra se refiere al juicio que acerca de Porfirio Díaz publicó el distinguido escritor ruso, Leon Tolstoi, en su obra intitulada: *NATURALEZAS FUERTES*.

«¿Cómo es que del caos, pudo Díaz hacer surgir el orden?»

«Nuestros grandes estadistas del Norte de Europa, son tal vez, y no precisamente, eminentes ante el criterio de la Historia moderna, por haberse hallado rodeados de elementos dúctiles, que ellos no tuvieron necesidad de modelar conforme á sus ideales, por encontrarse las capas sociales en un grado de civilización más avanzado. Pero en México no había más que caos, no había más que sombras, no había más que una civilización elemental; durante medio siglo, la única luz que alumbrara las tinieblas, salía de la boca de los cañones, y el bello cielo del Septentrión Americano aparecía teñido con resplandores del incendio.

«Mas he aquí que del vértigo de esa vorágine, aparece un guerrero cabalgando, como el héroe de la leyenda cosaca, en caballo ensangrentado y con la espada luciente. ¿Es un ángel exterminador, una gota más de agua en la negra tormenta? No; es un rayo; pero rayo más bien de luz que de muerte. Se abre paso en lo recio de la pelea; las legiones se desbaratan, cual copos de nieve al soplo del viento del Sur, dejando atrás una mañana riente y un sol que orea la sangre del campo de batalla. Desmonta y mira el paisaje desolado que se extiende á sus pies; y luego, arrojando lejos de sí la armadura, coge el ara-

Estos falsos conceptos, insinuados con tantos disparates, pudieron expresarse con sólo una palabra: LIGEREZA.

Yo admiro á Justo Sierra por los preciosos versos que hacía en su juventud; pero me atrevo á creer, que en donde existen graves deficiencias, es en la casi rudimental instrucción de este poeta, que ni sabe psicología, ni aprendió en la escuela más que á decir VOLICIONES; pero que aún no ha llegado á darse cuenta de lo que tal vocablo significa.

Y convengo también en que hay una perceptible inversión lógica, pero no en el espíritu de Porfirio Díaz, sino en el *espíritu de observación* del Sr. Sierra, quien después de tratar al Presidente por más de treinta años, no ha podido enterarse de que precisamente por la falta de ligereza en sus deliberaciones, por el completo dominio de sus impulsos, por la incontrastable firmeza de sus facultades volitivas, y la inflexible rectitud de sus determinaciones, el carácter de Porfirio Díaz representa uno de los más altos grados de la voluntad del hombre, y constituye una verdadera excepción psicológica en la historia del carácter humano.

do, abre el surco y planta la semilla. La tierra se cubre de verdura, los pájaros trinan y el grano germina.

«Los fugitivos se rehacen, y al ver las sementeras cuajadas de espigas, arrojan las armas, y volviendo la vista por todas partes, para ver quién ha sido el autor de esa maravilla, distinguen á lo lejos, inmóvil, la figura de Díaz.

«Y como hijos de la naturaleza que son, se prosternan en su presencia, confundiendo el instrumento con la causa. Díaz les predica el Evangelio de la Paz, haciéndoles ver, que la sangre sólo fecunda ortigas y que el árbol del pan sólo florece y da fruto, regado con el sudor de su rostro. Y de las ruinas de una república anárquica, construye una vasta y floreciente nacionalidad.

«No nació autócrata, como Rusia, sino democrática en su estructura nacional.

«México no goza de las mismas libertades que su poderoso vecino del Norte, ni tampoco sería conveniente que las tuviera, pues la libertad es como la aurora, que antes de amanecer se anuncia con pálidos crepúsculos. La Naturaleza es enemiga de bruscas transiciones, y un pueblo que sale repentinamente de las tinieblas á la luz, retrocedería deslumbrado. En esto consiste precisamente el genio del estadista mexicano, en la graduación metódica que cuenta las pulsaciones de la nueva existencia nacional. Otro reformador de talento mediano hubiera hecho de su pueblo, bien un montón de demagogos sin Dios ni ley, bien una agrupación de tiranuelos y esclavos; mas Díaz supo evitar los extremos, creando un Gobierno único en los anales de la historia política.»—LEON TOLSTOI.

No es extraño que en la lejana Capital del Imperio Moscovita, el fanático utopista Leon Tolstoi, haya hecho una leyenda mitológica; ni es extraño que Bunge, sin conocer al Presidente Díaz, ni nuestra patria, ni su historia, haya dicho unas cuantas necedades.

Encuentro disculpable, que un escritor tártaro haya declarado á Porfirio Díaz apocalíptico; pero creía imposible, que un escritor mexicano le declarase *ligero*.



